

pasión, sin erotismo, las ciudades, los países o la palabra pierden sentido. Santiago es, en esencia, un monitor de la sensibilidad de nuestro tiempo.

Por eso digo que es un poeta desesperado, por eso digo que es un optimista hondo. Porque más allá del optimismo y del desgarró, Santiago Kovadloff está jugado en el acontecimiento de vivir, en el ansia de pensarnos, en la prioridad que otorga al latido humano por sobre los sistemas y los apriorismos. Hay una palabra que el autor siempre utiliza como si de él se tratara: murmullo. Pues eso, Kovadloff es un murmullo que piensa, un murmullo que ama sabiendo que hay que mirar hacia atrás por si nos siguen. Su texto es —como buen intelectual— una interpretación de la realidad, es decir de la poesía, de la fe, de la ciencia, de su judaísmo, de sus nostalgias y sus ciudades, pero Kovadloff sabe, y nos hace saber, que los auténticos acontecimientos no tienen necesidad de ser interpretados para decirnos de lo digno de su existencia, de la dignidad de vivirlos. Y de vivirlos con pasión, insisto. No sólo en su sentido semántico sino en su sentido humanamente beligerante. No todo tiene para Santiago el mismo valor, claro. Porque sólo adquieren fuerza de presencia, sentido de la memoria, pulso vehemente, aquellos acontecimientos —aquellas palabras, quizá, desde el momento en que ciertas palabras son acontecimientos en los que se ha depositado la eternidad. Como hubiera escrito el mismo Finkielkraut, Santiago no pertenece a la raza de los estreñidos, los desconfiados y los avaros. Entre él y el turista de la vida ha puesto la distancia de la reflexión profunda y del interrogante propicio. Fascinado por la mentira, es decir por la ilusión, sabe que en ella es donde menos nos mentimos a nosotros mismos. Santiago ajusta cuentas con nuestra historia pero con la modestia y el rigor de alguien que sabe —como él sabe que sabe Nietzsche— que mejor que haber llegado es volver a empezar. La historia es un círculo que nada tiene de inocente. Los fracasos muchas veces son el pronóstico de un logro, los fantasmas, un epítome de la realidad, las ideas definitivas sólo pasos de lo inestable, los nombres sagrados sólo piezas cambiantes, pero detrás de toda esta indetenible dialéctica el poeta, el pensador conjetural al que se refiere Kovadloff «es consciente que al pronunciarse construye una metáfora y cuando procura para su prosa la ductilidad de lo artístico lo hace convencido de que su lenguaje es, ante todo, alusión». Es decir, referencia de su propio desconocimiento, el hombre que dice otra cosa de lo que dice, el gestor de un acto de insubordinación «para crear un sentido alternativo allí donde no lo había». Y en esta aventura imperfecta el escritor, el poeta, el pensador, como lo es Santiago, intenta poner fulgor en nuestra cotidianidad, transgresión recóndita en nuestras costumbres, inquietud metafísica en nuestras reiteraciones, percepción inteligente en nuestra vanidad. Kovadloff accede a la incertidumbre porque él es un desertor de las respuestas congeladas. Es éste otro de los valores vertebrales de la presencia de Santiago Kovadloff en nuestra cultura. Walter Benjamin escribe que los judíos tenían prohibida la predicción de futuro, «pues en él cada segundo era la angosta puerta por la que podía pasar el Mesías». El futuro imperfecto de nuestro autor es mucho más una protesta contra la inmovilidad que una apuesta racional sobre nuestras vidas. Escribe Santiago: «Se va ensanchando la propensión a concebir el futuro en términos de incesantes procesos y no de gloriosas epifanías terminales». En ese proceso incesante Santiago nos previene contra las partituras acabadas y nos lanza el desafío de la dinámica gerundial: un estar siendo más que un ser. En su palabra en la penumbra, en sus oyentes de Dios, en sus hombres interesantes, en sus casas y ciudades,

en su lugar en el tiempo, y por sobre todo, en su temblor prójimo, Santiago Kovadloff huele a hombre. Es decir, a historia, es decir, a otros. Ni siervos de un principio absoluto ni cómplices de un relativismo cínico: ésa es la enseñanza de este excepcional pensador judeoargentino.

Santiago Kovadloff capta nuestra historia, la íntima y la grupal, la soledosa y la gregaria, desde inequívocas puntualizaciones éticas y, recordando a los filósofos existencialistas, desde su propio proyecto individual que no abdica en ningún momento de su condición de protagonista pero que se asume a la vez responsable de la historia de todos, hecha por todos. Microcosmos expresivo de su época (así lo hubiera llamado, seguramente, Celia Amorós), el autor de *Por un futuro imperfecto* desarrolla sus búsquedas desde esa tensión ética que señalaba al comienzo y que, al fin de cuentas, es la resonancia de lo grupal como eco en el esternón de Santiago y la historia, nuestra historia, como un pentagrama que totaliza nuestra experiencia y nuestras ansiedades significativas. Al elegir al otro sin renunciar a sí mismo, Kovadloff establece una vez más ese principio de reciprocidad caliente que hace que nos descifremos y construyamos sin solución de continuidad como personas, como interrogantes en acción (mi vieja definición de lo judío), como miradas perplejas al cielo ininteligible.

A Santiago le gustará seguramente que traiga a esta página a Simone de Beauvoir. Es ella la que, creo, comparó por primera vez la libertad humana con la paloma de la que habla Kant en *Crítica de la razón pura*. El gran filósofo se representaba ilusoriamente con qué desenvoltura volaría la paloma en un espacio en el que la fuerza de gravedad no existiera. La Beauvoir reivindica la posibilidad de ese vuelo justamente por la existencia de esa fuerza: en un medio sin gravitación y sin atmósfera no nos podemos representar siquiera lo que podría ser una paloma volando. El mismo Sartre murió dejando esta formulación última de la libertad: «Lo que importa no es tanto lo que han hecho del hombre como aquello que él hace de lo que han hecho de él». Santiago Kovadloff sabe de esta instancia dramática y es por eso, por ser libertad, que el hombre lucha por un mundo en que la libertad se objetive en acciones cuyo sentido no le sea pervertido ni robado y en formas de vida y pensamiento con las que pueda identificarse.

Intelectuales como Kovadloff, poetas como Santiago, en su deseo de resolver o aproximarse a delimitar una serie de inquietudes personales y enigmas perennes, navegan por las regiones más desafiantes de la existencia humana. Saben que la función suprema del pensamiento libre es decir sí y no al mismo tiempo. Y que esa función no es ni más ni menos que una suprema dialéctica moral. En todos lados hay psicoanalistas y disparates psicoanalíticos, marxismo y tonterías marxistas, judaísmo y bobadas rabínicas, pero Kovadloff atraviesa esas inquietudes sin acudir a metáforas oxidadas ni a tránsitos insensatos ni a rémoras indigentes. Sus preguntas tienen el olor de lo auténtico, su memoria el sabor de lo vivido, sus visiones la variedad de un pluralismo visceral. Y su concepción del mundo y de los hombres la obstinada secuencia de aceptar que los árboles tienen raíces pero los hombres tienen piernas, como lo hubiera dicho nuestro querido George Steiner.

En la Argentina de hoy un pensador poeta como Santiago Kovadloff nos hace buscarlos con la terquedad del amor y la lucidez de su siempre inalcanzable absoluto. Entre ambos, el amor y la lucidez, Santiago sigue construyendo una de las obras más sólidas

de nuestro pensamiento contemporáneo en un país como el nuestro donde pensar temblando será siempre necesidad arraigada en nuestra historia, íntima y grupal, para reconciliarnos «siempre un poco más y siempre de otro modo con las ventajas de su desafiante y renovada imperfección».

Arnoldo Líberman

Belleza de una espada clavada en la lengua

Emilio Adolfo Westphalen ha hablado con esa voz, que es la suya y es la de todos y es la de nadie; la voz del *otro* que es cada uno de nosotros. Al mismo tiempo, ha oído el silencio que precede, acompaña y sigue a esa voz. Ese silencio que alternativamente nos atrae y nos aterra.

Octavio Paz

En el lejano año de 1933, un joven poeta tímido y silencioso (¿qué joven poeta no es tímido y silencioso?) contemplaba entre aturdido y absorto los 150 ejemplares de su primer libro, en realidad una delgada *plaquette* de nueve poemas con un título místico proveniente de San Juan de la Cruz: *Las Insulas Extrañas*¹. ¿Qué oscura motivación llevó a ese muchacho a entregar a la imprenta aquellos versos que a partir de entonces dejarán de pertenecerle? Muchos años más tarde, recordará con nostalgia que de los ejemplares dejados a consignación en una librería sólo uno logró venderse, gracias a la piadosa generosidad de un amigo.

Dos años después publicó, con dinero de su propio bolsillo, 150 ejemplares de un libro igualmente breve en extensión, pero singularmente vasto en la poesía latinoamericana: *Abolición de la muerte*². El poeta contaba entonces con sólo 24 años, dos publicaciones que apenas llegaban a los dieciocho poemas, y un indecible pudor que en mucho se parecía a una celosa autoexigencia, a una implacable severidad. Pero no nos apresuremos. Desde Mallarmé el silencio es *también* poesía, o, viéndolo de otro modo,

¹ Las Insulas Extrañas. *Cía. de Impresiones y publicidad, Lima, 1933.*

² Abolición de la muerte. *Ediciones Perú Actual, Lima, 1935.*